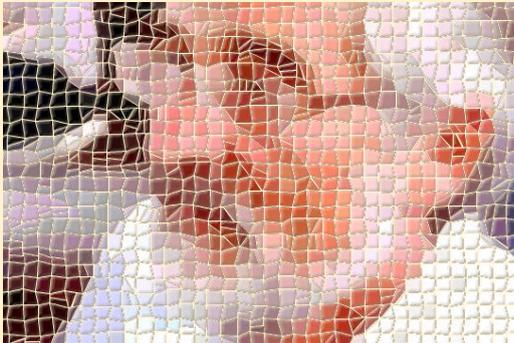


Introducción



Esta autobiografía está escrita siguiendo la metafórica idea de realizar un mosaico cuyas teselas compongan dos imágenes superpuestas, una figurativa y otra conceptual. La primera es la de un docente jubilado rememorando su pasado profesional. La segunda es la representación gráfica de las dos ideas más importantes que ha pergeñado a lo largo de ese pasado. Pretendo con ello conseguir, al modo que lo hacen los estereogramas, que el lector perciba los diferentes planos que tiene lo que considero mi modesto legado profesional, que no es otro que una manera de vivir y pensar las relaciones entre la teoría y la práctica de la docencia.

Ahora bien, el lector es dueño de sus ojos y, por tanto, libre de mirar el mosaico como quiera. Puede fijar la vista en cada una de las dos imágenes por separado o tratar de conjugarlas buscando percibir las tres dimensiones del objeto representado: la de la vida, la de las ideas y la del tiempo que las ha albergado y las ha visto cambiar. Mi deseo es que disponga su mirada para conseguir esto último: la tridimensionalidad del relato; pero, aceptando plenamente que su opción pueda ser otra, haré algunas observaciones que me permitan a mí salvar ciertos escrúpulos y al lector situarse mejor ante el mosaico.

Si opta por fijarse exclusivamente en la imagen figurativa que compone el relato de mi vida profesional, debo advertirle que esta no da para mucho como protagonista de una historia que pueda justificar un texto literario, de modo que no es esta una obra realizada con tal pretensión. Si bien, agradeciéndole su interés por este trabajo y tratando de retenerlo ante sus páginas desde el principio hasta el final, he procurado expresarme de manera que le resulte llevadero el viaje por los más de cuatrocientos textos cortos que componen la obra.

Este primer tipo de lector ha de permitirme que le transfiera toda la responsabilidad por la opción que ha tomado, porque, insisto, este trabajo no está pensado para contar mi vida. Además de lo dicho, me impide hacerlo el recuerdo de una de las muestras de caligrafía que mi primer maestro, D. Senén Canal, repartía a diario entre sus alumnos a mediados de la década de los cincuenta en la Escuela Nacional de Arriendas. Rezaba así: Si quieres ser ridículo, habla de ti mismo. Entre los cinco y los siete años de edad la copié decenas de veces, igual que otras muchas que había. Su recuerdo llegó a bloquear durante un tiempo el inicio de esta autobiografía, hasta que reparé en el hecho de que mi propósito al escribirla no era el de hablar de mí en el sentido que la sentencia expresa, sino el de satisfacer un deseo, que no es otro que el de conseguir que algunas de las ideas sobre las que he trabajado a lo largo de mi vida profesional puedan ayudar a otros docentes a entender mejor su profesión y a dotarse de instrumentos adecuados para desarrollarla cada día.

De ahí el otro plano, el de las ideas. La primera de ellas consiste en entender la teoría y la práctica no como dos esferas separadas, sino como tres, entre las que existen intersecciones y se dan relaciones cuya exploración es de una enorme potencialidad para entender y abordar numerosos aspectos de la enseñanza, y que en su día me llevó a sintetizar en tres palabras las claves de una buena formación: estudiar, reflexionar y actuar. La segunda idea es que el docente ha de ser el creador de su propia pequeña pedagogía, para lo cual ha de acertar a ubicarse creativamente entre un tipo de teoría que resulta difícilmente asimilable al conocimiento académico que se entiende como propio de la institución

universitaria, y un tipo de práctica que tampoco se queda pegada y reducida a lo que de ordinario acontece en las aulas de las escuelas o los institutos.

Solamente con estas dos ideas en la cabeza podrá el lector entender adecuadamente por qué, entre los innumerables aspectos de la vida que pueden formar parte de una autobiografía, escojo con reiteración aquellos que hacen referencia al conocimiento que en cada momento manejaba o del que carecía; a mi manera de ser, de pensar, de sentir incluso; a lo que en concreto hacía; a los contextos que influían en los actos que llevaba a cabo y en el pensamiento que los guiaba; entenderá también por qué digo que mi práctica fue vulgar durante una parte de mi vida como docente; el papel que le atribuyo a la universidad y a la escritura en mi desarrollo profesional; mi resistencia a los excesos burocráticos y técnicos de las reformas educativas; el lugar de la ideología y las militancias en mi profesión; el porqué de las actividades que llevaba a cabo en la formación permanente del profesorado, así como la manera de ponderar mis propios éxitos y fracasos; las iniciativas críticamente innovadoras que tomaba en solitario o las que procuraba promover con otras personas o grupos de distinto grado de organización y afinidad ideológica, y entenderá incluso las razones de esta autobiografía.

El lector que tome esta segunda opción debe estar advertido de que su pleno aprovechamiento ha de tener más de estudio que de entretenimiento. Sin embargo, no es mi intención ponerle a estudiar ahora, sino que a lo largo de la obra le ofreceré la posibilidad de consultar algunas de mis publicaciones, a través de las cuales, si lo desea, puede profundizar en lo que digo. Tampoco es imprescindible que todos lo hagan; si las señalo y facilito el acceso a ellas es con el fin de que el trabajo pueda satisfacer el abanico más amplio de intereses con que los lectores pueden acercarse a él, pero aceptado queda, como he dicho, que estos serán muy diversos.

De hecho, mientras escribía, tenía en mi mente actores y lectores muy heterogéneos. En primer lugar, estuvieron las personas directamente involucradas en el relato: familiares, amigos, alumnos de la escuela y de la universidad, compañeros de trabajo en ambos ámbitos y en otros cercanos, así como personas que en la distancia también me influyeron. Todos ellos formaron parte de mi vida profesional y he querido que, con todo derecho y, frecuentemente, mi afecto (amor a veces), figuren en estas páginas y se reconozcan en ellas si alguna vez, como deseo, las toman en sus manos.

En segundo lugar, en todo momento he pensado en esa mujer u hombre joven que se prepara para la docencia o da en ella sus primeros pasos, y he escrito procurando que la parte de mi vida dedicada a enseñar y a pensar la profesión le resulte estimulante y útil para emprender y andar su propio camino.

También me ha movido a escribir este libro la posibilidad de que tenga alguna utilidad para los historiadores de la educación y otros estudiosos de la pedagogía que consideran las autobiografías como fuentes documentales de interés para sus investigaciones. Ligado a ello está, a su vez, mi deseo de no dejar que se pierda prematuramente en el olvido un tiempo que fue rico en ideas y generoso en esfuerzos, que se dio en mi tierra asturiana, pero también más allá de sus límites geográficos; y, lo que es peor aún, que se construya un relato parcial, sin el contrapunto necesario, por dejación de quienes, habiendo estado allí, abandonamos a su suerte la memoria de ese pasado.

Y, por último, he pensado ilusionadamente que leerán estas páginas algunas de las personas que tengan a su cargo responsabilidades académicas, políticas o administrativas relativas a la escuela y a la formación del profesorado, con la esperanza de convencerlos de que el mayor respeto hacia sus saberes y responsabilidades es compatible con la idea de fondo que recorre este libro, consistente en afirmar que hay que dejar que cada docente desarrolle su profesión como sujeto inteligente y comprometido con su trabajo, sin ahogarlo bajo prescripciones pretendidamente técnicas o simplemente burocráticas.

La obra se organiza en cinco capítulos que siguen entre ellos una secuencia cronológica, si bien su estructura interna responde a los propósitos anteriormente señalados.

El primero de ellos ([El periodo anterior a la escritura –1968-1978–. Cuatro transiciones y una práctica vulgar](#)) está dedicado a los iniciales años de mi vida profesional, cuando la teoría estuvo prácticamente ausente. Me refiero a la teoría en un sentido académico, no en el que tiene como pensamiento práctico, es decir, como combinación de ideología y manera de ser del sujeto que, de forma más o menos consciente, está inevitablemente incrustada en la acción, más aún si se trata de algo tan escasamente científico y tecnológico como es la enseñanza en el territorio del aula. Para dar cuenta de esto, no he encontrado otro camino que el de invitar al lector a echarle un vistazo a lo que fue mi evolución personal

entre la infancia y la juventud, porque ese era yo en aquel entonces y esa era prácticamente mi única teoría cuando me subí por primera vez a una tarima. No olvide, pues, estimado lector, que cuando a continuación le muestre el niño, el adolescente y el joven que he sido, lo que pretendo es llevarle a visitar las fuentes y los aljibes de mis teorías de sentido común, que eran prácticamente las únicas que tenía cuando comencé mi actividad profesional.

El segundo ([La llegada de la palabra escrita –1979-1982–. El preocupante estado de varias cuestiones](#)) corresponde al periodo en que un compromiso universitario me obligó a iniciar una aproximación académica a ciertos aspectos de la enseñanza, lo que tuvo trascendentales consecuencias para lo que iba a ser mi vida profesional, pero donde aún estaban muy alejadas entre sí las reflexiones teóricas, que por primera vez me hacía con cierta sistematización, y las circunstancias concretas de la enseñanza que llevaba a cabo en la escuela.

El tercero ([El lustro de las ideas duraderas y la gratificante profesionalidad –1982-1987–. Cambios, reformas e ilusiones efímeras](#)) se refiere a los cinco años en los que enseñé Ciencias Sociales en la Segunda Etapa de la extinta Educación General Básica, un periodo en el que conseguí sentar a una misma mesa la teorización académica y la acción en el aula, lo que supuso una manera de enseñar y de pensar mucho más profesionalizada que lo había estado hasta entonces.

El cuarto ([La formación del profesorado –1987-2001–. De molinos y gigantes](#)) trata de mi dedicación a la formación del profesorado en la Facultad de Ciencias de la Educación y en el Centro de Profesores de Oviedo, donde maneje un concepto de formación con el que, a modo de las muelas de un molino, traté de triturar los componentes teóricos y prácticos de tan vasto campo, trabajando en el interior de lo que resultó ser un gigante mil veces más fuerte que yo.

El quinto capítulo ([De vuelta al “cole” y a uno mismo –2001-2009–. Una pequeña pedagogía y un final sin gloria ni pena](#)) recoge el periodo que va desde mi retorno a un aula de Educación Primaria hasta la jubilación. Una época de repliegue hacia lo autobiográfico y de alejamiento de las militancias, que concluyo con expresiones de agradecimiento y moderada satisfacción. (pp. 28-30)